

que el fértil Marañón baña:
concediósele esta suerte
al que objeto de desgracias,
cede al destino inocente
y la crueldad desbarata.

No merece poseerla
nación con él tan ingrata,
que le aconseja peligros
y, en medio de ellos, le falta.

MARTES. Encubriráos nuestra tierra
el cielo, aunque á conquistarla
se atrevan, después, codicias,
que malogren su esperanza.

Morirá un Pedro de Ursua
antes que surque sus aguas,
un traidor Lope de Aguirre,
un Guzmán y un Orellana.

MENALIP. Y cuando el hado mintiera
y alguno vivo llegara
á nuestra amena provincia,
en no admitir hombres sabia,
yo estoy aquí, yo, que sobro
contra ingratos.

MARTES. Ven, hermana,

y deja, prudente, al tiempo
tus consuelos y venganzas.

(Abrese el monte y encúbrense las dos.)

ESCENA XV

ALONSO.

¿Qué voces (cielos) son estas
que asombrosas nos espantan,
y sin ver los que las forman
con presagios amenazan?
Mas los elementos mismos
en la muerte desdichada
del español más valiente,
solemnizan sus desgracias.
Este fué el fin lastimoso
de don Gonzalo; la fama
de lo contrario ha mentido.
La malicia ¿qué no engaña?
Lea historias el discreto
que ellas su inocencia amparan,
y supla en esta tragedia,
quien lo fuere, nuestras faltas.

COMEDIA FAMOSA

LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

OBREGÓN.

CAÑIZARES.

DON ALONSO DE MERCADO.

DON ALONSO QUINTANILLA.

CASTILLO.

PADILLA.

DON FERNANDO PIZARRO.

DON GONZALO VIVERO.

DOÑA ISABEL.

DOÑA FRANCISCA.

CHAÓN.

DON GONZALO PIZARRO.

DON JUAN PIZARRO.

ROBLES, soldado.

PEÑAFIEL, *idem*.

PIURISA, india.

EL INGA REY.

DÓS JUDÍOS.

GUAYCA, india.

GRANERO.

JUAN RADA.

DON ALFONSO DE ALTARADO.

DON PEDRO.

DON RODRIGO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan dentro chirimías y trompetas como en la plaza
cuando hay toros, silvos y grita, y salen OBREGÓN
y CAÑIZARES.

OBREGÓN. Acogerse, que el toril
está abierto, y las trompetas
hacen señal.

CAÑIZ. A recetas
tan viudas, lo civil
de la fuga es más seguro
que una muerte criminal.

OBREGÓN. Otra vez hacen señal.
CAÑIZ. Aquel andamio es mi muro.

OBREGÓN. ¿Hay bota?
CAÑIZ. Con munición
de Alaejos.

OBREGÓN. Esa afrenta
tome Medina á su cuenta,
pues solos sus vinos son
los monarcas de Castilla.

CAÑIZ. Y á fe que en fe de su vino
dicen que Baco es vecino
desta populosa villa;
más todo lo forastero
suele ser más estimado.

OBREGÓN. ¿Qué hay más?

CAÑIZ. Conejo empanado
y una pierna de carnero,
tan tachonada de clavos,
y para que en más se precie,
ojalada con la especie
villana por todos cabos
que se juntan las Molucas
en ella con Alcalá
de Henares.

OBREGÓN. Cógense allá
robustos ajos.

CAÑIZ. Caducas suspensiones de la taza que tiemblan de puro añejas, con un jamón, que en guedejas se deshile, harán la plaza que se te ande alrededor.
(Grita como que sueltan al toro.)

UNO. (Dentro.) Bravo toro.

OTROS. (Idem.) Guárdate, hombre.

OBREGÓN. Pedidme á la oreja el nombre si os preciáis de toreador; dos rayos lleva en los huesos y cuatro alas en los pies.

CAÑIZ. Barrendero valiente es: ¡por Dios, que los más traviosos le van despejando el coso!

OBREGÓN. A todos tiembla la barba.

CAÑIZ. ¡Fuego de Dios, cómo escarba y cómo bufa el barrosol!

UNO. (Dentro.) ¡Jesús, Jesús, que le mata!

OBREGÓN. ¿Cogióle?

UNO. (Dentro.) ¡Válgate Dios!

CAÑIZ. ¿Otra vez? De dos en dos cita, ejecuta y remata á pares las cabezadas. ¡Oh Minotauro español!

OBREGÓN. ¿Hirióle?

CAÑIZ. No; pero el sol le alumbró las dos lunadas.

OBREGÓN. Descortesmente se paga toro que hace tal castigo.

CAÑIZ. Debe de ser enemigo del Arzobispo de Braga.

OBREGÓN. No experimento sus tretas.

CAÑIZ. Alto al tablado, Obregón, que éste, sin ser postillón, condena en las agujetas.

UNO. (Dentro.) ¡Corre, corre, que te alcanza!

OBREGÓN. ¡Qué bien la capa le echó el que se le atravesó!

CAÑIZ. En ella toma venganza; ¡oh! cómo ojala y respunta; ¡dalle, dalle! ¿hay tal porfia?

OBREGÓN. ¡Fialde una roperia!

CAÑIZ. No tiene de punta á punta palmo y medio su armazón.

OBREGÓN. Más de algún culto dijera que se pone bigotera.

CAÑIZ. Aguardemos, que hay rejón.
(Dentro suenan pasos de caballo con pretal.)

OBREGÓN. Alentado, caballero, ¡qué buen aire, qué bizarro!

CAÑIZ. Este es Fernando Pizarro.

OBREGÓN. ¿Quién?

CAÑIZ. El Marte Perulero. El que ha dado á Carlos Quinto un nuevo orbe, que dilata, y de mil leguas de plata le trae al César su quinto. El más airoso soldado que Italia y que Flandes vió.

OBREGÓN. ¿Este es á quien hospedó don Alonso de Mercado?

CAÑIZ. ¿El que en la justa y torneo hizo tan festivo estrago?

GAÑIZ. El lagarto de Santiago,

en fe de tan noble empleo tiene en su pecho el lugar que es su centro y propia esfera.

OBREGÓN. Extremadura le espera en estatuas venerar. Este dicen que prendió al monarca Atabaliba, y de una suma excesiva de indios triunfante salió.

CAÑIZ. Cuatro hermanos son, que igualo á los nueve héroes que dan renombre á la fama; Juan, Francisco, Hernando y Gonzalo; pero el que ves sobre todos.

OBREGÓN. Su presencia lo asegura, venturosa Extremadura.
(Suena el pretal como que se pasea.)

CAÑIZ. Es sangre, en fin, de los godos.

OBREGÓN. Ya ha dado á la plaza vuelta y hacia el toro se encamina.

CAÑIZ. ¡Qué bien al bruto examinó! ¡Qué airoso que el brazo suelta caído con el rejón!

OBREGÓN. El caballo es extremado.

CAÑIZ. Hermoso rucio rodado.

OBREGÓN. Su piel en oposición mezcla la nieve y la tinta; bellas manchas la hermocean.

CAÑIZ. Más los colores campean si la enemistad las pinta, en éste solo se enseña (si quieres examínallo) la perfección de un caballo: cabeza airosa y pequeña, viva, alegre y descarnada, los ojos grandes, abiertas las narices, por ser puertitas del aliento; bien poblada la crin, que el talle hace bello, de plata, espesa y prolija, que se escarcha y ensortija; ancho el pecho, corto el cuello, las dos caderas partidas, al pisar firmes y llanos los pies, echando las manos afuera, y tan presumidas, que á los estribos se atreven, tan sujeto al freno y fiel, que parece que con él le habla el dueño.

OBREGÓN. Lición lleven los más diestros de lo airoso con que el gallardo extremeño quiere salir deste empeño.

CAÑIZ. ¡Qué atento le mira el coso!

OBREGÓN. Aguardemos esta acción, que no es bien mientras subamos al tablado que perdamos tan vistosa ostentación.
(Suena el pretal como que se pasea.)

CAÑIZ. Repara con el aseo que paso á paso se va al toro.

OBREGÓN. ¡Qué atenta está la plaza!

CAÑIZ. El común deseo le favorece.

OBREGÓN. Ya el bruto le encara, escarbando el suelo, y hacia atrás tomado el vuelo, airado, diestro y astuto previene la ejecución del golpe.

CAÑIZ. Y el don Fernando la nuca le va buscando con el hierro del rejón.
(Ruido del caballo y pretal, como que acomete.)

OBREGÓN. ¡Oh, quiera Dios que le acierte!

CAÑIZ. Ya le embiste.

OBREGÓN. Con él cierra.

UNO. (Dentro.) ¡Válgate Dios!

CAÑIZ. Cayó en tierra el toro.
(Dentro.) ¡Extremada suerte!
(Chirimías.)

OBREGÓN. Tan dichosa como cuerda.

CAÑIZ. Pienso que al caballo hirió.

OBREGÓN. No pudo, que le sacó veloz por la mano izquierda y la presa hizo en vacío la bestia.

CAÑIZ. Patas arriba aplaude á quien le derriba.

OBREGÓN. Todos celebran su brío.

CAÑIZ. Dejóle dentro una braza desde la nuca hasta el cuello.

OBREGÓN. ¡Lance airoso, golpe bello!

CAÑIZ. Vítores le da la plaza.

OBREGÓN. Y con razón, que su gala mayor aplauso merece.

CAÑIZ. ¿En qué el toro se parece á la comedia que es mala?

OBREGÓN. Buen enigma; alto al tablado.

CAÑIZ. ¿En qué se parecen, digo, el toro y comedia?

OBREGÓN. Amigo, parécense en lo silbado.
(Vanse.)

ESCENA II

DON ALONSO DE QUINTANILLA, DON FERNANDO, como que se apea de dar el rejón, y con hábito de Santiago, y CASTILLO, su criado.

QUINTAN. Don Fernando, estos abrazos os doy por dos parabienes, y entrambos son tan solemnes, que á transformarse sus lazos en laureles, consiguieran la dicha de coronaros; dedícooslos por hallaros en España: no pudieran darme nuevas de igual gusto. Los míos también os doy por la acción con que honráis hoy estas fiestas, pues fué justo, cuando Medina del Campo, católica, las ordena á la Cruz, que fué de Elena tesoro que halló en el campo, (como el Evangelio dice) oculto, y del orbe luz que honrando vos con la cruz

el pecho noble y felice, hallase en vos igual pago, pues una y otra divina festeja á la de Medina hoy en vos la de Santiago. Bizarra demostración, tan dichosa como diestra, acaba de darnos muestra de que vuestros hechos son dignos de infinitas famas: con razón podrán teneros si, envidia los caballeros, en su protección las damas. ¡Sazonada y feliz suerte!

FERNAN. La de hallaros lo será; dejad de encarecer ya el dar á un bruto la muerte, que los de toros y dados consisten en la ventura.

QUINTAN. Juzgábala yo segura mientras que fuimos soldados y camaradas los dos en Italia.

FERNAN. ¡Oh, capitán, qué vida aquella!

QUINTAN. Ya están, desde que faltasteis vos las cosas tan diferentes que no las conoceréis.

FERNAN. Múdanse, como sabéis, los sucesos con las gentes, pero el César, Dios le guarde, en Nápoles y en Milán reina; huyóle Solimán, sólo con Carlos cobarde. Túnez le paga tributo, á pesar de Barbarroja, al ciego Sajón despoja, cubrió el Lansgrave de luto presunciones que Lutero llenó de torpe arrogancia; preso en Madrid, lloró Francia á su Francisco primero: Roma le dió la obediencia (bien que á costa de Borbón); Duques los Médicis son con su favor en Florencia: Capitanes y soldados tiene de inmensos valores: ¿qué le falta?

QUINTAN. El ser mejores siempre los tiempos pasados: ¿Acordaisos de aquel día, que nos hallamos los dos (alférez entonces vos) Fernando, en la de Pavía; cuando el Marqués de Pescara al rey Francisco prendió, que porque la honra negó al Marqués, de acción tan rara, un capitán italiano, le desafiasteis?

FERNAN. Fué en las hazañas y fe prodigio algo más que humano el Marqués. ¿Qué maravilla, si se llamó don Fernando

de Ayalos, ilustrando sangre que le dió Castilla, que un don Fernando volviere por otro? El lo mereció; mas también me acuerdo yo, porque el crédito os confiese en que el César siempre os tuvo, que cuando Su Majestad, después que dió libertad al dicho Rey, y él no estuvo firme en la correspondencia á tanta piedad debida, su ingratitud conocida, é irritada su paciencia, que de persona á persona le envió á desafiar, y á vos os hizo avisar, que partiendo á Barcelona le hiciédeses compañía, por si fuese dos á dos el combate, que de vos valor tanto el César fia.

QUINTAN. Excusóse el Francés deso y quedóse mi alabanza no más, que en esa esperanza, pesóme, yo os lo confieso. Dichoso vos, don Fernando, que no cabiendo en el mundo, buscasteis otro segundo nuevos polos conquistando, que el *Non plus ultra* dilata, y al César su globo humilla.

FERNAN. Don Alonso Quintanilla, fama pretendo, no plata.

QUINTAN. Con una y otra se adquieren blasones y estados grandes; ricos de fama hay en Flandes, que pobres de plata mueren. Yo vengo ahora de allá tan cargado de papeles, como el honor de laureles, pero juzgaréme ya por dichoso y bien premiado, pues veros he merecido.

FERNAN. Todo lo que he adquirido es vuestro.

QUINTAN. No interesado, amigo sí, me estimad, que son más firmes tesoros: gocemos ahora los toros, y aquella ventana honrad, oíréis aplausos desde ella, que la plaza os apercibe.

FERNAN. *(Gritos y ruido, dentro, de fuego.)* Quien de adulaciones vive poco le debe á su estrella. Pero escuchad, ¿qué ruido es este?

UNO. *(Dentro.)* Agua, que esta casa se quema.

OTRO. *(Idem.)* Agua, que se abrasa esta acera.

OTRO. *(Idem.)* Ya ha cogido las puertas el fuego.

OTRO. *(Idem.)* Ayudá, que me abraso.

OTRO. *(Idem.)* Qué me quemó.

OTRO. *(Idem.)* Que me ahogan.

QUINTAN. ¡Triste extremo!

FERNAN. ¡Qué brevemente se muda el regocijo en cuidados!

QUINTAN. Confusa con la congoja toda la gente se arroja sin sentido á los tablados desde los balcones.

FERNAN. ¡Llamas terribles; incendio extraño!

QUINTAN. El sobresalto hace el daño mayor. ¡Qué de hermosas damas sin reparar en recatos se arrojan y precipitan!

FERNAN. ¡Y qué poco solicitan su remedio los ingratos pretendientes de su amor!

QUINTAN. ¿Pues qué ayuda pueden darlas, si aunque intenten ampararlas contra el fuego no hay valor?

FERNAN. No desamparar su lado en peligro tan urgente.

(Gritos de dentro y ruido como que se ha hundido un tablado.)

QUINTAN. La multitud de la gente con todos hundió el tablado.

UNOS. *(Dentro.)* ¡Jesús, Jesús!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me matan!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me ahogan, confesión!

FERNAN. ¿Hay más triste confusión?

OTRO. *(Dentro.)* ¡Aguá!

OTRO. *(Idem.)* ¡Favor!

FERNAN. Se retratan sus congojas en mi pecho: ¡ah, cielos, que no haya traza de socorrerlos!

QUINTAN. La plaza va toda allá sin provecho, porque antes la multitud estorba que favorece.

FERNAN. Voraz el incendio, crece el espanto y la inquietud.

QUINTAN. En una silla han sacado del riesgo una dama bella.

FERNAN. ¡Válgame Dios! ¿No es aquella doña Isabel de Mercado? ¿Qué espero aquí, si la adoro?

UNO. *(Dentro.)* Huir, que el toril se ha abierto.

UNOS. *(Idem.)* ¡Aguá!

OTROS. *(Idem.)* ¡Favor!

OTRO. *(Idem.)* ¡Qué me han muerto!

OTROS. *(Idem.)* ¡Confesión!

QUINTAN. ¡Soltóse un toro!

FERNAN. Y hacia el tablado caldo se encara contra la gente.

QUINTAN. ¡Extraña ocasión!

FERNAN. Presente mi dama, desaire ha sido, cuando tanto la he querido, el no irla yo asegurar:

¿yo tengo fe? ¿yo sé amar?

QUINTAN. A la silla ha acometido el bruto fiero, y los mozos huyen, dejándola en ella.

(Embraza la capa y saca la espada.)

FERNAN. Aquí valor, aquí estrella; no ha de malograr mis gozos

la fortuna, no la suerte; amor, esta es mi ocasión.

(Vase.)

ESCENA III

QUINTANILLA.

QUINTAN. Gallarda resolución; téngale envidia la muerte; contra el bruto cara á cara se arroja, y puesto delante de la silla (acción de amante) airoso á su prenda ampara. ¡Qué valientes cuchilladas; qué diestro que sale y entra, qué animoso que le encuentra, qué atentas y qué aseadas acciones! Ni descompuesto, ni con el riesgo turbado.

UNO. *(Dentro.)* ¡Bravo golpe!

QUINTAN. Cercenado le ha la cabeza: echó el resto su valor; aprenda dél el ánimo y la destreza. Dejádole ha la cabeza al cuello, como joyel, y dividido en pedazos el cuerpo, la arena tiñe, el acero heroico ciñe y á su dama saca en brazos.

ESCENA IV

Saca DON FERNANDO desmayada en brazos á DOÑA ISABEL. Después CASTILLO y CHACÓN.—Dicho.

FERNAN. ¡Tal desgracia y en tal día! Su mejor flor secó el Mayo; dos almas cortó un desmayo, la de Isabel y la mía. *(Sale Castillo.)* Esta casa es principal: Castillo, á esas puertas llama, prevén en ella una cama. *(Vase Cast.º)* Si fuese (amigo) mortal este trágico accidente, las suertes se malograrán, que envidiosos ahogaron los aplausos de la gente.

QUINTAN. No hay que temer este extremo, que un desmayo ocasionado de riesgo tan apretado, es común.

FERNAN. Su muerte temo.

QUINTAN. Las delicadas bellezas son flores que se marchitan, pero luego resucitan; porque sustos y tristezas desmayan, mas nunca matan.

(Salen Castillo y Chacón.)

CASTIL. Sube, señor, que ya abrieron.

FERNAN. Nueva esperanza me dieron las perlas que se desatan bordando cada mejilla.

QUINTAN. Pues que llora, viva está.

FERNAN. ¡Oh, amanezca este sol yal Don Alonso Quintanilla, esperadme aquí; Chacón,

á don Alonso Mercado corre á avisar del estado en que tanta confusión nos ha puesto; di que asisto á su hermana mientras viene. *(Entrase don Fernando con la dama y también Chacón.)*

ESCENA V

QUINTANILLA y CASTILLO.

QUINTAN. ¿Pues de fiesta tan solemne ha faltado?

CASTIL. No la ha visto.

Poco á estas cosas se inclina, después que Alcaide le ha hecho el César, dél satisfecho, de la Mota de Medina.

QUINTAN. Es notable fortaleza, y en Castilla de importancia.

CASTIL. Los hijos del rey de Francia humillaron su grandeza teniéndola por prisión.

QUINTAN. ¿Y es don Alonso casado?

CASTIL. Hasta poner en estado dos hermanas, perfección de la hermosura y nobleza, la desmayada Isabel y Francisca, pienso dél, que juzga á poca fineza darlas cuñada, que son casi suegras.

QUINTAN. Vuestro dueño de la mitad deste empeño le sacara.

CASTIL. Inclinación muestra don Fernando extraña á doña Isabel.

QUINTAN. Merece todo el amor que la ofrece su beldad.

CASTIL. Puede en España ser espejo de doncellas en virtud, honestidad, recato, afabilidad y discreción.

QUINTAN. Partes bellas para hacer que don Fernando olvide al Pirú.

CASTIL. Sería

á lo menos feliz día para aquel Orbé, si entrando en él con tan bella esposa don Fernando, mi señor, diese á las Indias valor su prosapia generosa.

Huésped suyo agasajado ocho días ha en la Mota, amor, que esperanzas brota, bien puede deste Mercado feriar dulce compañía.

QUINTAN. ¿Correspóndele la dama?

CASTIL. No sé que pase su llama extremos de cortesía; pues para que en más se estime el valor, que en ella adora,

si afable y bella enamora,
grave y honesta reprime.

ESCENA VI

Salen DON ALONSO DE MERCADO, DON FERNANDO
y CHACÓN.—DICHOS.

MERCAD. Ya mi Isabel, recobrada,
volvió en sí, gracias á Dios,
porque os debamos á vos
fineza tan sazónada.
Pagáis, en fin, la posada,
que en mi casa honrado habéis
de suerte, que igual hacéis
mientras que della os sirváis
al placer, que la asistáis,
al pesar, que os ausentéis:
Medina os queda deudora;
porque sin vos, ¿qué valieran
fiestas, qué tragedias fueran
si sólo el temor las llora?
Con vos en gozos mejora
pesares, que amenazaron
desgracias; pero no osaron
competiros cuando os vieron,
pues dado que acometieron
cobardes, no ejecutaron.
El fuego os tuvo temor,
pues vengando nuestra injuria,
sólo hizo alarde su furia
de vuestro invicto valor.
Para que fuese mayor
creció peligros la llama
y cuando más se derrama,
más la suerte os engrandece,
que al paso que el riesgo crece,
crece en el noble la fama.
Esta en una y otra acción
parece que duplicada
tuvo envidia vuestra espada
á vuestro airoso rejón:
un toro á su ejecución
rindió la rebelde vida,
logrando en otra lucida
vuestra espada su destreza,
que á dejarle la cabeza
pudiera quedar corrida.
Muerto, en fin, á vuestros pies
confesó, añadiendoos famas,
que aun un bruto con las damas
es razón que sea cortés:
debeos mi hermana después
nueva vida y ser segundo,
y así en vuestro valor fundo
que sólo, ensalzando á España,
pudiera hacer tanta hazaña
un hombre del otro mundo.

FERNAN. Soy yo, don Alonso, amigo,
todo vuestro, y no es razón,
que prendas que vuestras son
alabeis, parte y testigo:
mas si con ello os obligo,
creedme, á fe de soldado,
que del Pirú conquistado
no estimo en tanto el laurel
como ver vuestra Isabel

libre del riesgo pasado.
La desgracia repentina
estas fiestas lastimara,
si la beidad malograra
que vale más que Medina:
cesó su fatal ruina,
pasó el rigor como el rayo,
que ocasionando al desmayo
sobresaltos y temores,
si congojó nuestras flores,
volvió á alentarlas el Mayo.
Doña Isabel, mi señora,
vuelve á casa, y asegura,
cómo tras la noche oscura,
con más belleza el aurora:
venid y démosla agora
parabienes, pues no debe
sufrirse que el premio lleve
de una suerte bien lograda,
el brazo solo y la espada,
sino el alma que los mueve.

MERCAD. Airosa es la bizarría
que sabe para obligar,
del modo que en vos, juntar
al valor, la cortesía:
si fuera la hermana mía
alma que el brazo os rigiera,
dichas mi casa tuviera,
que en vos estoy envidiando,
vamos. (Vase.)

ESCENA VII

Sale DON GONZALO DE VIVERO y DON FERNANDO.

VIVERO. Señor don Fernando,
aparte hablaros quisiera.
FERNAN. Don Alonso, al punto os sigo;
Quintanilla valeroso,
vernos después es forzoso.
QUINTAN. Adiós, don Fernando, amigo.
(Vanse los dos.)

ESCENA VIII

CASTILLO, DON FERNANDO y CHACÓN.

CASTIL. ¿He de quedarme contigo?
FERNAN. No, Castillo; con Chacón
en casa espera.
CASTIL. A cuestión
me huele tanto recato.
CHACÓN. Horma topó su zapato
que le apretará el talón.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DON FERNANDO y VIVERO.

FERNAN. Ved en qué serviros puedo,
pues solos nos han dejado.
VIVERO. De vuestro cortés agrado
con nuevas envidias quedo,
pero no habéis de enojaros
si apasionado y celoso
me advirtiéredes curioso
en lo que he de preguntaros.

FERNAN. Escusad esa advertencia;
por que yo ya ha muchos años,
que entre peligros y daños
aprendí á tener paciencia;
mas, celoso, sentiría
haberos yo ocasionado
á mal tan desesperado.

VIVERO. Vos causáis la pena mía:
¿á cuál de las dos hermanas
que os hospedan, queréis bien?
FERNAN. A entrambas, porque no estén
quejosas, que en cortesanas
obligaciones no hay tasa
que reprima al liberal,
ni fuera bien querer mal
á quien me admite en su casa.

VIVERO. No os déis por desentendido
si sabéis la diferencia,
que hace la benevolencia
al amor correspondido.
¿De cuál destas sois amante?
¿quién vuestro cuidado obliga?

FERNAN. No sé, por Dios, lo que os diga
á pregunta semejante:
pero podréos afirmar,
que cuando hiciera el deseo
en una ó en otra empleo,
oso tan poco fiar
á ninguno mis afectos,
que aunque dentro el alma moran
mis pensamientos, ignoran
unos de otros los secretos.
Ved si será desvario,
no siendo amigos los dos
que os fie el secreto á vos,
que al pensamiento no fio.

VIVERO. Comunicando cuidados
amor su alivio procura.

FERNAN. Si más los de Extremadura
somos en todo extremados,
y en semejantes desvelos
hay quien afirma (y no mal)
que amor nació en Portugal,
y en nuestra patria los celos:
éstos, huyendo ocasiones,
que con sospechas maltratan,
son tales que se recatan
de sus imaginaciones.

VIVERO. Los que traigo ejecutivos,
puesto que no tan avaros,
me obligan á provocaros,
entre otros, por dos motivos.
La envidia de vuestra fama
es el uno, porque temo
que siendo con tanto extremo,
me olvide por vos mi dama;
el otro, la enemistad
que causa la competencia:
hablan de vuestra experiencia,
esfuerzo y capacidad,
con tanta ponderación,
cuentan de vuestras hazañas
tan inauditas y extrañas
cosas, que fábulas son.
Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil

los Indios, y que su gente,
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del Sol;
que un ejército vencisteis
vos solo (sería de estopa),
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusisteis;
que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallasteis de oro un tablón
que pesaba dos quintales,
y que el Rey por redimir
su prisión, nizo venir
cargados de los metales
(que han hecho tantos delitos)
sumas de Indios, que llenaron
el salón, que señalaron,
de tesoros infinitos,
y puesto que sin provecho,
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.
Que en el Cuzco despojasteis
un templo al Sol, cuyo muro
de tabloncillos de oro puro
guarnecido, aún no apagasteis
la sed, que avarienta hechiza,
y que en otro de la Luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grande, que las menores
de cuarenta pies pasaban,
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramos, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza
era todo de oro y plata.
Sume el que en números trata
si puede, tanta riqueza,
ó vos, que fuisteis testigo,
con los demás castellanos,
que hasta las trojes y granos
del maíz (que es vuestro trigo),
de ciento en ciento arrimadas,
oro afirma, quien las sueña,
hacinas habla de leña
al natural imitadas;
que siendo deste metal
(sólo para ostentación
de su vana religión)
agotaron el caudal
al Sol, que produce el oro,
esmeraldas se quebraron,
que doce libras pesaron;
atrévase á tal tesoro
las novelas destes días,
con que la verdad se infama.
¿Leyó la crédula dama
libros de caballerías,
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?

Pues como cada mujer juzga estas burlas por veras, y agrada todo lo nuevo y á cada dama en Medina, que tiene en vos imagina un caballero del Febo, un Artús, un Amadis, y que si os llega á obligar, en dote le habéis de dar tres ó cuatro Potosis; aumentáis este deseo con las suertes que lograsteis en los toros que matasteis, y en lo airado del torneo. La dama que socorristeis os confiesa obligación, su hermana os muestra afición; de toda la plaza oísteis aplausos, que hasta los cielos vuestra alabanza subliman, y sólo á mí me lastiman penas, envidias y celos. Yo adoro á una de las dos, que me obligó á preguntaros cuál dellas bastó á preñaros; y pues no alcanzo de vos noticias, que me encubris, tampoco quiero deciros su nombre, que intento heriros por los filos que me herís; mas aseguraros puedo que, puesto que no admitido, no me quejo aborrecido. Entre Medina y Olmedo, mi patria, la vecindad y frecuencia de sus nobles suele hacer con lazos dobles parentesco la amistad. Esta, y amor que me abrasa, me ha obligado á que recele el riesgo que causar suele un competidor, y en casa, á esperanzas que de fuera, marchitándolas en flor, como es frecuencia el amor distante se desespera. Sólo un reparo procura mi resolución honrada, que es por medio de la espada, probar con vos mi ventura; pues muriendo á vuestras manos gano en lugar de perder, con quien supo merecer tantos laureles indianos; y si os doy, por dicha, muerte, que estos lances son acaso, toda vuestra fama paso á mi venturosa suerte; pues dando nuevo valor al esfuerzo, siempre han sido las hazañas del vencido despojos del vencedor.

FERNAN. Desacertados desvelos mi cólera han provocado. puesto que quedo vengado con haberos dado celos; mas porque advertáis cuán lejos

me tenéis de castigaros, quiero en lugar de enojaros, serviros con dos consejos. El uno es, que en ocasiones semejantes, procuréis ser, antes que os empeñéis, señor de vuestras acciones, pues si contra el ofendido os arrojáis destemplado, el reñir desbaratado es lo mismo que vencido. El segundo, que primero que toméis resolución, averigüéis la ocasión con que sacáis el acero; porque arriesgar vida y fama sin certeza del agravio, ni es acción de pecho sabio ni medrará vuestra dama, sino es la publicidad que con desdoro indiscreto en ofensa del secreto eclipse su honestidad. Respetos de la hermosura piden atento el cuidado, que honor y vidrio quebrado nunca admiten soldadura, y las de quien huésped fui (que de hoy más no lo seré) conservan el suyo en pie de suerte, que es frenesí imaginar, que conmigo den átomos de ocasión á vuestra imaginación; porque es el cielo testigo, que puesto que he examinado por lo exterior los afectos, que dentro el alma secretos no siempre encierra el cuidado, jamás en la que es mi dueño pudo un descuido ó mudanza dar alas á mi esperanza; porque el agrado risueño que una mujer principal muestra al huésped de valor, si es el regalo mayor, no por eso da señal con que, pasando de raya, su amor intimarle pueda; que quien sin agrado hospeda dice al huésped que se vaya. Ya os constará, según esto, cuán poco seguro estoy de que preferido soy á vuestro amor; mas supuesto, que con empeños mayores se agravan vuestros recelos, (que el cuerdo no pide celos si antes no adquirió favores) porque yo éstos no os impida, os doy mi fe de buscar color con que despejar la casa (si agradecida no profanada por mí) ó ausentándome mañana á vuestra sospecha vana satisfacer. Mas si así

aun no basto á aseguraros, ya veis que el puesto y la hora, de vuestra dama desdora la opinión, que ha de obligaros: volved cuando enmudeciendo la noche lenguas al día, honeste vuestra porfia con valor y sin estruendo, que á las doce, sin dar nota á la gente que nos ve, en el terrero estaré del Castillo de la Mota.

(Vase.)

ESCENA X

VIVERO.

Este hombre juntó al valor la prudencia y el respeto; obligando en lo discreto da en lo valiente temor: mas yo con celos y amor, ¿cómo podré en su alabanza desbaratar mi venganza mientras no supiere del que no es mi doña Isabel el blanco de su esperanza? Colijo por conjeturas, que quiere bien donde vive, pero ignoro á quien recibe por dueño de sus venturas, si de las dos hermosuras me encubre la que me toca, lo que me niega su boca, mi industria averiguará, que con celos mal podrá ser muda la deidad loca. Esta noche ha de aguardarme como ofrece en el terrero; buscar un amigo quiero, que en esto pueda ayudarme. ¿Qué mucho, que atormentarme llegue el dudar y el temer? mi opuesto rico, mujer la causa de mi cuidado, él todo oro, ella mercado, y amor comprar y vender.

(Vase.)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL Y DOÑA FRANCISCA.

ISABEL. Aquí entre la amenidad destos álamos, que son del castillo guarnición, que vivimos, si es verdad que amor gobierna tu seso, y yo merezco saber quien te llega á merecer, me vuelve á referir eso; que estuve poco advertida en casa á tu relación, en fe de la turbación que puso á riesgo mi vida: parece que el huésped nuestro te ha dado en que desvelar, vuélveme, hermana, á contar estas novedades.

FRANCIS. Muestro en declararte, Isabel, mi pecho, el último afeto que te tengo.

ISABEL. Amor secreto, aunque seguro, es cruel.

FRANCIS. Digo, pues, qué desde el día, que este hechicero Pizarro me deleitó en lo bizarro y obligó en la cortesía, di lugar á pensamientos que hasta entonces sosegados ya quieren amotinados ser causa de mis tormentos.

Consideré su valor, y que, Alejandro segundo, conquistando un nuevo mundo se le dió á su Emperador. Bastaba esto para hacerle señor de mi voluntad, ¿qué hará pues mi libertad si esta tarde llego á verle aplaudido de las damas, envidiado de los nobles, añadir con suertes dobles dicha á dichas, fama á famas? De todo el pueblo querido; de la fortuna amparado, de la plaza celebrado, de los cobardes temido, y, en fin, de tu vida dueño, pues sola amparada dél, nos hizo doña Isabel deudoras de tanto empeño; ¿qué más quieres que te diga? saca tú por consecuencias, si discurre, evidencias, que no quiere que prosiga la lengua, corta en hablar; si larga el alma en querer.

ISABEL. Mucho te llego á deber, pues quieres por mi pagar deudas que yo sola debo; pues si bien nuestros cuidados, si obligan mancomunados, yo que el mayor logro llevo desta usura, era razón que este empeño asegurase, y liberal te sacase de tan nueva obligación.

FRANCIS. ¿Pues amas á don Fernando?

ISABEL. No; pero si es acreedor, y tú le tienes amor por eso, ya estoy culpando mi remiso natural, y que en deudas semejantes á la paga te adelantes siendo yo la principal.

FRANCIS. ¡Ay!, hermana, esos desvelos si no envidia, celos son.

ISABEL. Primero entra la afición y ésta abre puerta á los celos. Don Fernando ocupa ahora (más que en nuestros galanteos) en la guerra sus deseos, que Marte no se enamora mientras que no se desnuda

el arnés todo rigor;
mándale el Emperador
que otra vez al Pirú acuda,
y si se ha de partir luego,
y aquí de prestado está,
¿quién duda que apagará
tanto mar tan poco fuego?

FRANCIS. No sé que el mar le consuma;
que si en Chipre se crió
amor, su madre nació,
perla en nácar, de su espuma.
Pero, ¿qué te importa á ti
que yo me esponga á su olvido?

ISABEL. Ver, Francisca, que has querido
pagar finezas por mí;
y desearte empleada
en seguras profesiones,
sin que llores dilaciones,
antes viuda, que casada.
Que gozos que no aseguran
no se deben pretender
y hay cosas que al parecer,
deleitan pero no duran;
luz de relámpago breve,
sol y flores por Febrero,
amistad de pasajero,
bebida en Julio, de nieve,
y presunción de belleza
que al espejo se ha mirado,
son como amor de soldado
que se acaba cuando empieza.

FRANCIS. Nunca tan moral te vi;
mas celos, Isabel mía,
son todos filosofía
y leen cátedra por ti.
Pero mi hermano y el dueño
de nuestra conversación,
están aquí.

ESCENA XII

Salen DON ALONSO MERCADO y DON FERNANDO.—DICHOS.

FERNAN. La ocasión
insta, y el plazo es pequeño;
mándame el César que al punto
me parta, amigo, á embarcar,
mañana pienso marchar.

MERCAD. Daisnos don Fernando junto
el gozo y los sentimientos;
menos mal hubiera sido
el no haberos merecido
nuestro huésped.

FERNAN. Son violentos
los preceptos de la Corte.

MERCAD. ¿Pues por qué dan tantas prisas?

FERNAN. Reinan ahora las brisas
en los piélagos del norte;
y, si esperamos las calmas
de Julio, es flemma penosa.

MERCAD. Con prisa tan rigurosa
nos lleváis tras vos las almas.
Góceos, Medina, siquiera
esta semana.

FERNAN. Han llegado
camaradas, que he obligado
á este viaje, y quisiera

que con cuatro compañías
que llevo á esta embarcación
no hiciese la dilación,
como suele, demasías.
Ya sabéis cuán fácilmente
la gente se desbarata,
y cuán mal los pueblos trata
en que se alojan.

MERCAD. Urgente
causa dais ¿qué hemos de hacer?
Hablad á mis dos hermanas.

FERNAN. Las perfecciones humanas (1)
que en ellas merecí ver,
han de hacerme mal pasaje
con su memoria.

MERCAD. Ojalá
la prisa que el César da,
amigo, á vuestro viaje,
fuera menos que mi intento
imaginaba obligaros,
(si alguna pudo inclinarnos)
á que fuédes de asiento
dueño, y no huésped de casa.

FERNAN. ¿Qué más dicha, á haber en mí
méritos que no adquirí
y la fortuna me tasa?
Empleos más generosos,
don Alonso, las buscad,
que merece su beldad
dos Césares por esposos.

FRANCIS. ¿No nos daréis permisión,
hermano, para llegar
á agradecer y pagar
tan precisa obligación
como al señor don Fernando
Isabel y yo tenemos?

ISABEL. Avaro de suerte os vemos
en esta parte, ocupando
el tiempo todo con él,
que estoy por pedir os celos.

MERCAD. Pedidse los á los cielos,
que envidiosos, mi Isabel,
nos le ausentan.

ISABEL. ¿Cómo, ó cuándo?

MERCAD. Mañana si á resistillo
no bastáis.

ISABEL. Este castillo,
si fué, señor don Fernando,
limitada habitación
que os regaló cortamente,
ya, desde hoy, por delincuente,
os servirá de prisión;
porque obligar dando vida
y sin que se satisfaga
rehusar admitir la paga,
si no igual agradecida,
ni dar término al aprecio
que pide tanta importancia,
ó es género de arrogancia,
ó especie de menosprecio.

FRANCIS. No es posible que queráis
deslucir tan razonado
favor, como ha interesado
mi hermana, si os ausentáis.

(1) En el original dice «sobrinas» y «divinas»; pero es errata evidente.

FERNAN. Antes, señoras, pretendo
no añadir obligaciones
que os confieso en ocasiones
que os estoy tantas debiendo;
porque el servicio pequeño
que esta tarde os satisfago
favor fué, que se me hizo,
y yo el deudor de su empeño,
que, á no animarme el temeroso
en el peligro en que os vi,
¿qué dicha ó suerte hubo en mí
que no confiese deberos?
Vos guiasteis el acierto
de mi espada agradecida,
porque á quedar vos sin vida
el perderla yo era cierto;
y pues con aquel favor
mi dicha aplausos mejora
y siendo vos mi acreedora
me empeñéis vuestro deudor,
no me culpéis si adelanto
mi ausencia por no aumentar
deudas, sin poder pagar.

ISABEL. Quedándoos por el tanto
nos contentará la prenda.

FRANCIS. Preso estáis y ejecutado.

FERNAN. Soltadme, pues, en fiado,
que donde falta la hacienda
es bien que se le permita
irla á buscar al deudor.

ISABEL. Conforme fuere el fiador
que nos deis.

FERNAN. Si se acredita
mi palabra, yo os la empeño
de volver de aquí á dos años.

ISABEL. Largo plazo, pero extraños
los intereses del dueño.

MERCAD. La paciencia hará por él
lo que en Jacob por su dama.

ISABEL. Por que no ilustra la fama
lo que padeció Raquel.

¿Por ventura era menor
el tormento que sufría?
Jacob engañó con Lia
dilaciones de su amor;
Raquel sola con más fieles
finezas dilató engaños.

MERCAD. No son catorce dos años,
puesto que si dos Raqueles
mis hermanas, que fiadas
en vuestra palabra y fe,
os aguardarán.

FERNAN. Tendré
hasta entonces represadas
esperanzas, que después
cumpláis, don Alonso, vos.

MERCAD. Sí: ¿más en cuál de las dos
fundáis las vuestras?

FERNAN. Cortés,
la modestia siempre cuerda,
teme mi feliz fortuna
que por señalar la una
la gracia de la otra pierda;
y así, guardando el decoro
que debo, afectos mitigo
pues ¡oh don Alonso amigo!
que al paso que la una adoro

tengo á la otra respeto.
Mis camaradas están
aguardándome y tendrán
quejas justas, que, en efecto
dejan su patria por mí,
si á visitarlos no voy,
permitidme que por hoy
los acompañe, que así
cumplir finezas podré
con que el noble amigos gana.
Volveré por la mañana,
y en prendas os dejaré,
de la palabra que he dado,
un alma que en compañía
del favor y cortesía
que en vos he experimentado
estará en su natural,
pues dando, señoras, muestra,
que empeñada es prenda vuestra
no habréis de tratarla mal. (Vase.)

ESCENA XIII

Doña ISABEL, Doña FRANCISCA y MERCADO.

ISABEL. ¡Qué apacible!

FRANCIS. ¡Qué discreto!

MERCAD. Soledad nos ha de hacer;
pero, en fin, si ha de volver
dichoso, dueño os prometo
á la una de las dos. (Vase Mercado.)

ESCENA XIV

Doña ISABEL y Doña FRANCISCA.

ISABEL. Tráigale el cielo con bien.

FRANCIS. Si los efectos se ven
del alma y amor, que es Dios,
penetra los corazones,
perdido se va por mí.

ISABEL. Nunca yo crédito di,
Francisca, á equivocaciones;
y si bien no me ha debido
finezas de bien querer,
no por eso he de perder
la parte que me ha cabido
en el amor que confiesa;
que de ingrata me notara
si su amor menospreciara.

FRANCIS. Será por lo que te pesa
de ver que de mí se agrada.

ISABEL. Antes quedo persuadida
que al paso que presumida
has de correrte burlada. (Vase.)

ESCENA XV

Salen DON GONZALO DE VIVERO y PADILLA.

VIVERO.

¿Ya vienes enterado
en lo que has de decirle?

PADILLA.

Ya he estudiado
tu pensamiento todo.
Yo he de llegar á hablarle, mas de modo,